

impropios que oigo usar a personas obligadas a saber cómo se habla el castellano.

No ha mucho, un académico de la Lengua y un literato de fama exclamaron delante de mí que sentían *pánico*.

Pánico es el terror general, el terror de muchos. *Pánico* no cabe decirlo de una persona sola. Para exagerar la expresión del terror, se diría *miedo cervical*.

Un disparate insidioso es el de escribir *parisién* por *parisiense*.

Otro, decir *bajo la base*, queriendo significar todo lo contrario.

No conviene, seguramente, que se hable tan perfilado y recortado, que las personas den en redichas y almidonadas; a este extremo, casi prefiero el otro, el hablar con descuido y sin la menor sujeción a los preceptos de la gramática.

Lo mejor, sin embargo, es hablar bien y con suma naturalidad.

Y hablar no basta: se necesita pronunciar correctamente.

Una multitud de señores que debieran superar al borrico del gitano, y *pronunciar* como Dios manda, dicen *redículo*, *redicúlez*, *arismética*, *Madrid*, *Curuña*, y otras lindezas.

Aquí, invariablemente, los que no son gallegos pronuncian *Mondáriz* y *Puenteareas*, olvidándose de aquella conocida triada:

Cuando la perdiz sea *perdiz*
y la nariz sea *naríz*,
Mondariz será *Mondáriz*.

Mucho se prestan los balnearios a estas y otras observaciones no filológicas, sino de peliaguda psicología.

Nada más fácil que estudiar las costumbres y la vida social, los caracteres y las condiciones y hasta las manías de la humanidad, en el corto trecho de la vida balnearia.

Uno de estos establecimientos, cuando se halla en el apogeo de la *season*, es un microcosmos donde no falta elemento alguno de los que integran la sociedad.

Aristócratas, plutócratas, intelectuales, políticos, religiosos, clérigos, militares, médicos, industriales, gente llana y del pueblo, mendigos, labriegos, mujeres hermosas y elegantes, ancianas consumidas por los años, enfermos que no lo parecen, sanos que se creen enfermos, niños encantadores, gentes de librea, obreros, — aquí no falta de ninguna casta de pájaros —...

Hasta se nos apareció un indio, un indio auténtico, libre del enganche inglés, dedicado a la muy pacífica profesión de vender labores de encajes y calados, que se fabrican en las islas Canarias, por labranderías que ganan dos reales al día, y se quedan ciegas a veces...

Y las labores corren que es una bendición, porque, tan baratas en su origen, lo son aún después de traídas del África a Europa...

Cabe fundar lisonjeras esperanzas en la elección de Bernardino Machado para presidente de la vecina República.

Tengo de Bernardino Machado la idea más favorable.

Le conocí aquí mismo, en el Balneario, cuando era este manantial más portugués que español.

Aquí bebían agua los Infantes, los pares del reino, lo más brillante de Portugal, y como los Braganzas son por naturaleza artríticos, aquí hubiesen venido todos unos tras otros, incluso el monarca que fué muerto a tiros, — a no estorbárselo las complicaciones y agitaciones de su política interior.

Machado se contaba en el número de los expedicionarios a iglesias viejas y castillos ruinosos, y yo gustaba mucho del trato del ilustradísimo y amable portugués.

No puedo menos de prometerme que su presidencia señale un período de paz y prosperidad.

Condiciones le sobran para dejar huella profunda en la historia de su patria.

Sin aspirar a hacer competencia a Mariano de Cavia, diré que me sublevar algunos términos muy

Todavía no es tarde para consagrar un recuerdo a Ramos Carrión.

Su colaborador constante, Vital Aza, le ha precedido en el último viaje.

Eran ambos algo castizo y netamente español, sin el carácter acentuado, chispero y manolo, de don Ramón de la Cruz, sino con una nota burguesa, bonachona y francamente cómica.

Ramos Carrión, solo o acompañado, nos ha repartido mil veces el sabroso pan de la risa.

Ha regocijado a dos generaciones.

Y sin embargo, le está reservado el olvido, triste porvenir de los autores festivos a secas, sin alardes de literatura.

Últimamente, parecía anticuado Vital Aza.

Para mí y para otros muchos, las obras del gigante asturiano conservaban su frescura y su amenidad, con ribetes satíricos, de una sátira benigna.

El público, en su mayoría, declaraba que a Vital Aza ya «le había pasado el sol por la puerta».

No sé si algo análogo le ocurría a Ramos Carrión.

Es difícil hacer reír a los hijos y nietos cuando se ha hecho reír a los padres.

Envejece más lo humorístico que lo serio.

Lo trágico es eterno.

Nadie ríe hoy con Aristóteles, pero se puede sentir el escalofrío hondo de Sófocles y Esquilo.

Ramos Carrión cultivó el sainete, la comedia asinetada, y la zarzuela, el libretto bien hecho, interesante, ingenioso, sin astracanadas ni sensiblerías melosas.

La Marsellesa es un modelo en el género; *La Bruja* y *El Rey que rabió*, dos joyas, dentro del género también.

Sin duda ayudó a estos libretos la graciosa y animada música, que, en *La Bruja*, por ejemplo, es una creación, y tiene un sabor especial; pero si no corresponde el libretto, la música nunca logra apoderarse del público.

Hay una relación estrechísima, en esas obras de Ramos Carrión, entre la música y las palabras.

La Marsellesa, además, encerró una fácil sátira política, y hasta hubo sus conatos, en algunas localidades, de silbarla, por tal motivo.

Era imposible no encontrar divertido y cómico a aquel *ciudadano Nerón*, al cual no le faltaba su filosofía.

La Marsellesa fué un triunfo; en cuanto a *La Bruja*, al *Rey que rabió*, a *La Tempestad*, a *Los sobrinos del capitán Grant*, se contaron por cientos sus representaciones.

Todavía *Los sobrinos* dan llenos.

Los niños... (y sabe Dios cuántas personas grandes) en las representaciones por la tarde, se abren de tanto reír con las distracciones del simple geógrafo.

Y ¿quién no ha pagado tributo de alegría al *Padrón municipal*, al *Oso muerto*, a *La almoneda del tercero*, a *Un cuarto desahogado*, al *Señor Gobernador*?

Aquella fecunda vena de chistes no se agotaba.

Y no eran chistes de sacacorchos, no eran algo forzado y retorcido, ni algo inefablemente absurdo y sin pies ni cabeza, como lo que hoy impera, y que se basa en dislocaciones o aproximaciones de palabras, sin atender a su sentido, o desquiciándolo violentamente.

La gente que iba al teatro a celebrar con carcajadas la obra de Vital Aza y Ramos Carrión era sin duda superior, en su mentalidad, a la que aplaude engendros como los que han llenado el teatro en estos últimos inviernos, y producido miles de dueros.

Consagro este recuerdo a autores que han disipado tantas sombras de melancolía, y han sabido unir a la jovialidad sana y honrada un realismo nacional mitigado y optimista.

No han hecho daño a nadie y han aligerado el peso de la vida a no pocos...

Acaso su teatro desaparezca totalmente de la escena, como desaparecieron del mundo sus mejores intérpretes, la deliciosa Balbina Valverde, la perfecta e igual compañía de Lara; pero no será substituido por otro ni más espontáneo, ni de mejor sentido, ni más ameno.

Al contrario, si no mienten las señales.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.